

SIXTO GARCIA
REFLEXIÓN DEL EVANGELIO
JUEVES, XXIX ORDINARIO: LUCAS 12: 49-53

“Una Iglesia que no provoca crisis, un evangelio que no inquieta, una palabra de Dios que no saca ronchas – como decimos vulgarmente – una palabra de Dios que no toca el pecado concreto de la sociedad en que está anunciándose, ¿qué evangelio es ése? Consideraciones piadosas muy bonitas que no molestan a nadie, y así quisieran muchos que fuera la predicación”

San Oscar Romero, Homilía, abril 16, 1978

“Obsequium, amicos, veritas odium parit” (“La lisonja nos gana amigos, hablar la verdad nos genera odio”) – Cicerón, “De Amicitia”, XXIV, 89

**“La unidad en la Iglesia no puede comprarse a expensas de la justicia” –
Atribuído a San Pablo VI**

TEXTO

“He venido a traer un fuego sobre la tierra, ¡y cuánto desearía que ya hubiera prendido! Con un bautismo tengo que ser bautizado, ¡y qué angustia hasta que se cumpla!

“¿Creen ustedes que estoy aquí para poner paz sobre la tierra? No, se los aseguro, sino división. Porque desde ahora habrá cinco en una familia, y estarán divididos: tres contra dos y dos contra tres. Estarán divididos el padre contra el hijo y el hijo contra el padre; la madre contra la hija y la hija contra la madre; la suegra contra la nuera y la nuera contra la suegra.”

CONTEXTO

“Fuego” (“pur”) tiene contexto y trasfondo claramente profético y escatológico: evoca al profeta Elías que invocó fuego del cielo sobre los profetas de Baal (1 Reyes 18: 36-40) y los soldados del rey Ocoías (2 Reyes 1: 10, 12,14). Los discípulos de Jesús quieren igualmente hacer bajar fuego sobre los samaritanos inhóspitos (Lucas 9: 54), pero Jesús no se los permitió. Hay un fuerte sentido escatológico prometido por Juan Bautista al árbol que no da fruto: será arrojado en el fuego (Lucas 3: 9). El “fuego” como instrumento de juicio aparece en Lucas 17: 29 – PERO, por otro lado, Lucas vincula la imagen del fuego con el don del Espíritu (Lucas 3: 16; Hechos 2: 3)

Algunos comentaristas traducen “¡y cuánto desearía que ya hubiera prendido!” desglosándolo como pregunta y respuesta: “¿Y qué es lo que deseo? Que ya estuviera ardiendo”- El griego “kai ti telo ei ede anephte” se presta a esta traducción alterna – En todo caso, Jesús define su misión usando una imagen plena de sentidos diversos: juicio escatológico, fuego del Espíritu – el contexto dicta su sentido.

Jesús es el profeta inquieto, impaciente, angustiado (cf. Deuteronomio 18: 15-18, texto clave de contexto veterotestamentario para la Cristología de Lucas): “Con un bautismo tengo que ser bautizado, ¡y qué angustia hasta que se cumpla!” El griego “Baptisma de echo baptisthenai, kai pos synechomai heos telethe” está preñado de sentido teológico: “Baptisma de echo baptisthenai” tiene la forma pasiva, lo cual acentúa el designio de la pasión que el Hijo, el profeta escatológico, tendrá que sufrir – y el Hijo siente impaciencia casi incontrolable: “synecho” tiene el sentido propio de angustia insoportable, que invade a Jesús con impaciencia insufrible.

Ese bautismo llegará a su plenitud: el vocablo “telesthe” indica el verbo “teleio” – llegar a su compleción, a su perfección, a su realidad total – El fuego que acompaña dicho bautismo será un fuego devorador, escatológico, que todo lo abrasará.

La médula, el corazón palpitante de la narrativa de hoy sigue a continuación: “¿Creen ustedes que estoy aquí para poner paz sobre la tierra? No, se los aseguro, sino división” – Mateo recoge este mismo dicho en su evangelio, pero allí “espada” (“makairan”) remplaza a “división” (“diamerismon”) – básicamente, “división” y “espada”, en contexto semita, son sinónimos - La afirmación es sorprendente, convulsiva, peligrosa - ¿No contradice acaso la promesa del Relato de la Infancia, donde se afirma que Jesús va a ser portador de paz? (Lucas 1: 79; 2: 14, 29) – La respuesta obvia es que aquellos que escuchan fielmente las palabras de Jesús, el profeta escatológico, el Señor (“kyrios” – título cristológico favorito de Lucas), lograrán esta paz (Lucas 7: 50; 8: 48, 10: 5-6) – pero aquellos que la rechazan por ser difícil provocativa, llamando a una conversión que duele, se separan del resto - ellos, no Jesús, causan división en la comunidad.

La secuela de esta división: “Estarán divididos el padre contra el hijo y el hijo contra el padre; la madre contra la hija y la hija contra la madre; la suegra contra la nuera y la nuera contra la suegra”, parece, de nuevo, contradecir otro texto del evangelio: Juan el Bautista es anunciado por Gabriel a Zacarías como aquel, que a semejanza de Elías, “tornaría el corazón de los hijos hacia los padres”

(Lucas 1: 17) – De nuevo, Jesús refuta las lecturas irénicas y cómodas de otros textos del mismo evangelio – su predicación, su vida, su Misterio Pascual, llama a la unidad en torno a un Evangelio encarnado en la misma persona de Jesús, un Evangelio que, en última instancia, exige un compromiso tan radical que escandaliza a muchos, que optan por no seguir a Jesús – y, dado el contexto escatológico del texto de hoy, así ocurrirá hasta la consumación de los tiempos-

¿QUÉ NOS DICE TODO ESTO A NOSOTROS, HOY?

La frase de Cicerón, arriba citada, que he compartido en diversas ocasiones en otras Reflexiones, converge punzantemente con el texto de hoy. John Meier (“A Marginal Jew: Rethinking the Historical Jesus”, Vol. 1) plantea que Jesús no fue llevado a la Cruz por hablar palabras edulcoradas, evisceradas de profetismo perturbador - ¡subversivo! – por repetir lemas o consignas placenteras, koans que a todos gustan – más bien, Jesús fue perseguido y clavado en el madero por hablar palabras, no de irenismo endulzado, sino palabras que perturbaron, incomodaron, irritaron - ¡subvirtieron!

Hoy en día, en algunas de nuestras comunidades de fe, grupos de oración y de trabajo ministerial, se pretende lograr una falsa unidad al costo de la justicia – Se ignoran reclamos legítimos de aquellos que son discriminados por su raza, idioma o lugar de origen – Su clamor cae en oídos sordos; con frecuencia, son acusados de “dividir a la parroquia” o la comunidad –

La unidad “a cualquier precio” NO es - ¡no puede ser! - el valor supremo en la Iglesia – más bien, la fe, la justicia y la verdad actuadas en el amor y la compasión (cf. Efesios 4: 15; Gálatas 5: 6) – Clamar pidiendo justicia, pidiendo compasión, sobre todo hacia aquellos amados preferencialmente por Jesús, siempre acarrearán persecución (cf. Francisco, “Gaudete et Exsultate”, 92) – El Evangelio que Jesús viene a traer a la tierra es un fuego devorador que pretende quemar todas nuestras obsesiones con el dinero, el poder, el control, el rechazo de aquellos que son diferentes - no busca en sí mismo la división, pero inevitablemente suscita el rechazo y la marginalización de aquellos que viven atrapados y enfermos dentro de sus propias seguridades y comodidades (cf. Francisco, “Evangelii Gaudium”, 49)

Jesús llama a dejarlo todo para seguirlo (cf. su encuentro con el joven rico (Lucas 18: 18-30) – Pero “dejarlo todo” significa igualmente arriesgar relaciones familiares, amistades, posición y prestigio social, cuando el imperativo de testimoniar el Evangelio subversivo de Jesús - ¡el Evangelio de las periferias! – induce rechazo y odio . . .

¿La justicia y la compasión, sacrificadas en el ara de una prostituida noción de unidad, o la comunión con Jesús, con su Evangelio - ¡el Evangelio que Jesús ES! – en una peregrinación por los caminos del fuego devorador que divide, abrasa, renueva y da vida eterna? – La opción es nuestra – de la respuesta a esta pregunta pende eso que llamamos “salvación eterna” - ¡el abrazo escatológico con Jesús, que nos revela la ternura del Padre (Salmo 103: 13) en el fuego del Espíritu Santo!